

22 de julio de 2018

El Evangelio que acabamos de escuchar, que nos habla del tema del “descanso”, puede parecer oportunista en la época vacacional en la que nos encontramos. Hemos de ir a lo profundo de estas palabras. Vemos que Jesús había enviado a los apóstoles a hacer misión: realmente a repetir aquello que ya habían visto hacer a Él: “pasó haciendo el bien, y curando a los oprimidos por el mal” (Hch 10, 38), curando a los enfermos, consolando a los tristes, expulsaba demonios y resucitaba a los muertos. Sobre todo anunciaba con su persona, con palabras y con signos elocuentes, que estaba cerca el Reino de Dios, que Dios, con todo su poder, se había hecho presente en el mundo de los hombres, se había hecho hombre.

Cuando vuelven los apóstoles de estas aldeas cercanas a donde han sido enviados se encuentran con que Jesús les recibe. Ellos vienen cansados y contentos por su trabajo, y quieren comunicarse y describir sus logros. Y Jesús, que les ve fatigados, les invita a apartarse a descansar: “venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco.” Efectivamente esto no es una anotación circunstancial del evangelista. No se trata de un descanso apático liberándose del trabajo. Jesús se retira, y retira a los apóstoles con Él, del mismo modo que Él se retira largos momentos por la noche, pasa largos ratos de oración. Porque su descanso está en esa comunión de amor con Dios donde se comparte todo. Él invita a hacer lo mismo a los apóstoles porque van a ser y son ya enviados por el Señor como predicadores, partícipes de su misión, invitados, como lo estamos todos los cristianos, a vivir en esa comunicación que es una comunión de amor íntima, familiar con Dios, que es lo que nos hace más profundamente y esencialmente cristianos. Nos somos cristianos porque tengamos una moral que vivir, que se deriva de la doctrina del Señor, de cómo ha vivido Él, de cómo deben ser y vivir los hombres. Esto estructura una vida recta, pero forma parte y se desprende de este fundamento: la nueva relación íntima con Dios que ha abierto Cristo para los hombres, una profunda comunión con Dios que comienza en esta vida pero que culminará de modo perfecto en la vida eterna, donde entramos en el descanso de Dios, la plenitud de la paz del corazón y la alegría del amor.

Más allá de este consejo que muestra lo que es la vida cristiana, lo que en definitiva presenta hoy la Palabra de Dios a nuestra contemplación es eso que rezábamos como en la antifona del Salmo: “El Señor es mi pastor, nada me falta”. Dios se define a sí mismo como el pastor de los hombres, quiere ser el que pastorea nuestra vida. No nos encontramos en una sociedad ganadera, trashumante y nómada como lo fue el pueblo de Israel. Para ellos esta simbología del “pastor” tenía mucha relevancia, tanto que a los reyes era el mejor piropo que se les podía decir: que eran pastores de su pueblo. Y Jesús se lo apropia, y se proclama en otros momentos del Evangelio que conocemos como nuestro pastor (Cf. Lc 15, 1-10): el pastor que va en busca de la oveja perdida y la lleva sobre sus hombros, el pastor que es quien protege con fuerza a su pueblo, quien lo libera del mal y de sus enemigos.

¿Qué padre o madre de familia nos se consideraría como pastor de sus hijos? En el fondo se está diciendo que es una forma de paternidad de Dios en el cuidado de nosotros, ayudándonos a crecer, a estar bien, a progresar, a vivir, a sufrir. Los padres evidentemente con la educación de sus hijos sufren siempre. Muchos de vosotros seguro que sois padres y madres y lo sabéis perfectamente. Cuánto cuesta a veces estar cerca, no anular la libertad del otro, pero alentar, orientar, haciendo descubrir y acompañando en los caminos del bien. Esto es lo que hace Jesús con nosotros. Y es lo que lleva Dios en su corazón de Padre. Quiere ser el Señor y el pastor de nuestras almas, de nuestros corazones, de nuestra vida, para que podamos encontrar en Él nuestro descanso.

Realmente en el mundo todo es transitorio. Cuando ponemos el corazón en las cosas que pasan nos llevamos grandes desilusiones. Dice un refrán popular que quien se casa con la moda enseguida se queda viudo. Es verdad. Hay modas ideológicas, no sólo modas de vestir. Hay ideas dominantes en cada cultura. Hoy de una manera muy pesante nos encontramos con lo políticamente correcto, de manera que es muy fácil que nos agarremos a seguridades que nos van a dejar pronto sin pie o en el aire, sin demasiado consuelo ni respuesta. Cuando desde las mentalidades e ideologías ateas se prescinde de Dios y se quiere que la sociedad prescinda de Dios, el hombre queda profundamente huérfano, podría decirse, sin pastor, sin cuidado paternal, sin orientación esencial. Nos referimos a esa profunda orfandad que define al hombre contemporáneo, que pierde el sentido así de la fraternidad, de la paternidad y de la maternidad. Necesitamos volver nuestra mirada al Señor. Se convierte en una responsabilidad solidaria hacia la sociedad.

¿De qué forma el Señor nos da seguridad para que podamos descansar en él? Este pastor, como sabemos porque somos cristianos, es muy original, porque realmente como cuida a su rebaño es dando la vida por él. Es lo que escuchábamos en la lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los Efesios: ¿Cómo nos ha salvado y redimido el Señor? Pues quitando de nosotros la duda, el error, la división del pecado; haciendo un solo pueblo; haciendo de cada uno de nosotros, divididos también por el pecado, alguien con unidad interior, con coherencia, capaz de responder a las cuestiones de la vida, de ser fiel a los propios compromisos, de comprender el sentido de la existencia que está en el amor, en un amor que no defrauda porque es eterno, pero que exige el servicio y la entrega ¿Cómo el Señor lleva a la vida a su pueblo y a su rebaño? Pues dando la vida en la Cruz. De alguna forma se nos está diciendo que el consuelo y la paz y el descanso que nosotros necesitamos ha costado muy caro a Dios, que ha dado la vida por nosotros, pero nos ha enseñado un camino que es el camino del bien, del servicio, que tiene una exigencia, que es coherente, y que exige de nosotros una entrega total, porque en la medida en que nos abrazamos al Amor Crucificado que nos da la vida y nos enseña a vivir y a servir encontramos la paz del corazón.

Le tenemos que dar gracias a Dios porque él es nuestro pastor. Y le tenemos que dar gracias porque esta misión de pastorear a los suyos, de gobierno y dirección a los hombres, a su pueblo, a la Iglesia, la ha querido compartir, no sólo con el Papa, Vicario de Cristo, los Obispos, sus colaboradores los sacerdotes, sino con todos nosotros, cada uno de manera particular. Hemos de darle gracias porque él nos ha abierto la puerta

del amor y del descanso que no defraudan. Pero vivir nuestra vocación cristiana tiene que llevarnos a ser conscientes a todos nosotros de nuestra misión. Y el mundo no se puede decir que esté muy orientado, sino que más bien se trata de lo contrario, de un mundo desorientado en las ideas, en la vida, con tantas propuestas, a veces antagónicas, que llevan a destrozarse la vida de las personas y de las familias. El mundo necesita pastores según el corazón de Dios. Y no pienso solo en los sacerdotes, por los que hay que pedir siempre, porque los necesitamos en la Iglesia y hacen las veces de Cristo. El Señor comparte su pastoreo con todos: padres y madres de familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, jefes, gobernantes, cualquiera que realice algún ejercicio de autoridad... Por esto se dice que los cristianos tenemos la misión, y en esto nos insiste mucho el Concilio Vaticano II, de hacer lo posible para que el mundo viva, funcione y crezca según los criterios de Dios.

El cristiano debe implicarse en la vida social, en la vida familiar, económica, política sabiendo que su presencia debe ser un modo activo de dejar que el criterio, el estilo, la paternidad, el amor de Dios hagan un mundo mejor. Por ello, ante el pastoreo del Señor nos encontramos con nuestra vocación y misión en medio del mundo.

Dios espera mucho de cada uno de nosotros. Para Dios nos somos ninguno un número perdido o un apellido en un listín de teléfonos que no conoce nadie. El Señor nos llama a cada uno por nuestro nombre, nos crea por amor, para una misión, en una singularidad maravillosa. Abramos nuestro corazón a la gracia. Seamos responsables con nosotros mismos, y aceptemos en qué podemos nosotros contribuir a que el Señor se haga presente en el mundo. Amén.